

SAN PAMBON ¹

Los que escribieron las palabras y acciones notables de los Padres de los desiertos de Oriente, no han hablado de San Pambon sino con magníficos elogios. Nos le han representado como un amigo de Dios (Ruf. hist. l. 2, c. 4.) que no enseñaba más que lo que había aprendido de Jesucristo; como uno de aquellos hombres celestiales á quienes su eminente piedad levantaba por encima de los demás y que no parecían tener comunicacion con los ángeles; como uno de aquellos maestros soberanamente esclarecidos en los caminos de Dios, y que no solamente sobresalían en la sabiduría cristiana, sino que Dios tenía cuidado de ensalzarles en el fondo de su soledad por el don de milagros, del cual la pureza de su vida, junto con el candor y sencillez de su conducta, les habia hecho hallar dignos á sus ojos.

No se sabe en qué año nació ni cuál fué su patria. Pero parece que abandonó el mundo desde muy jóven, puesto que no sabía leer cuando se propuso abandonarlo. Dirigióse por de pronto á un solitario á quien rogó que le hiciese aprender de memoria algunos salmos, y por primera leccion recibió de él aquellas palabras del salmo 38: *Yo dije en mi interior: vigilaré exactamente sobre mí mismo para no pecar con la lengua.* Estas palabras hicieron impresion en Pambon; y no tanto pensó ya en conservarlas en la memoria, lo cual no era muy difícil, cuanto en tomarlas por regla de su conducta. Dijo á aquel solitario que esta leccion le bastaba y que volvería á él cuando la

(¹) Vitæ Patrum, Rufino, Sócrates, Cotelier, los Bolandistas,

hubiese aprendido bien. Seis meses estuvo sin volver á él, al final de los cuales, habiéndole encontrado el solitario y preguntado porqué habia estado tanto tiempo sin presentarse, le confesó que era porque todavía no había aprendido bien su primera leccion. Más tarde, uno de sus amigos le preguntó si la había finalmente aprendido, y él le respondió que apenas, en diez y nueve años había podido llegar al término de ella.

Retiróse despues al lado de San Antonio é hizo bajo su conducta tan maravillosos progresos en la vida interior, que este gran patriarca decía de él que el Espíritu Santo descansaba en su corazon. Entre las instrucciones que de él recibió hacen notar los historiadores la siguiente: no confiéis en vuestra justicia; portaos de tal manera que jamás tengais motivo de arrepentiros de lo que hayais hecho, y contened vuestra lengua y vuestro apetito.

No permaneció siempre al lado de este excelente maestro. Llamóle Dios al desierto de Nitria para hacerle allí uno de los más firmes sostenes de la vida religiosa, por sus avisos y ejemplos. Encuéntrase también, sin embargo, que estuvo así mismo en las celdas y en Sceté, desiertos vecinos al de Nitria, pero en este fijó su principal morada.

Como no tenía otra intencion al hacerse solitario que vivir desconocido de los hombres, para no ser conocido sino de solo Dios, le pidió durante tres años que no le glorificase en la tierra; y esto muestra al mismo tiempo cuánto deseaba él fundarse sólidamente en la virtud de la humildad que sabía ser el fundamento de todas las demás; pero Dios, que se complace en ensalzar á las almas humildes, y que le había llevado á esta soledad para la edificacion de sus hermanos, le puso allí como una luz brillante en el candelero, é hizo que se le tuviese en tan gran veneracion que, cuando algun solitario era atacado de tentacion de vanidad, se decía á sí mismo: ¿ Soy yo como San Antonio ó el abad

Pambon? A propósito de esto, notan los historiadores que algunas veces aparecía en su rostro un no sé qué de grande y magestuoso, como de un augusto príncipe sentado en su trono, y otras veces hasta una claridad luminosa semejante á la de Moisés, de suerte que al verle, se sentía uno como herido de ella. Esto mismo se refiere de San Piseos y del abad Silvano.

No hay que admirarse después de esto de que sus hermanos recurrieran á él con tanta confianza; así que recibían sus consejos con un respetuoso temor, como si el mismo Dios se los hubiese dado. Y esto era con tanto mayor fundamento cuanto que San Pambon era más llevado por su humildad á guardar el silencio que á instruir á los demás; que jamás hablaba sino después de haber consultado á Dios en la oración; y hasta se decía de él que había llevado la exactitud y circunspección de sus respuestas á un más alto grado de perfección que San Antonio y los demás santos.

Cuando se le preguntaba sobre la sagrada Escritura y sobre alguna otra materia espiritual, respondía ordinariamente que no sabía lo que debía hacer; en seguida tomaba tiempo para orar y para reflexionar. De este modo algunas veces estaba tres meses haciendo esperar su respuesta, confesando siempre con humildad y sencillez que ignoraba lo que convenía decir; hasta que finalmente, habiendo invocado mucho al Señor, para no responder cosa alguna sino según su voluntad, hablaba conforme Dios se lo daba á conocer.

Dos solitarios fueron un día á consultarle, y uno de ellos le dijo: « Padre mio, yo paso ordinariamente dos días sin comer, después de los cuales como dos panecillos; ¿ pensáis vos que me salvo obrando así? » El otro le dijo en seguida: « Y yo, padre mio, gano todos los días con mis manos dos pequeñas piezas de moneda, de las cuales retengo

lo que me es necesario para el alimento y doy lo restante á los pobres; ¿ me salvaré haciendo esto? » Pambon, habiéndoles escuchado atentamente, no les respondió cosa alguna, y estuvieron aguardando cuatro días sin que les dijese palabra. Al final de ellos, pensaron en retirarse y mostraron pena por ello; pero unos eclesiásticos que estaban en aquel lugar, les consolaron diciendo: « No os aflijais, hermanos míos; este buen viejo no tiene costumbre de responder á las preguntas que se le hacen hasta tanto que ha consultado á Dios. Tened un poco de paciencia y Dios os recompensará. » Volviéronse pues hácia el Santo como para despedirse de él y recomendarse á sus oraciones. Entonces, mirándoles é inclinándose en tierra, escribió con el dedo en la arena, hablando de ellos en su propio nombre: « Pambon ayuna dos días consecutivos después de lo cual como dos panecillos; es por esto monge? No. Pambon gana cada día con su trabajo dos piezas de moneda de las que dá una parte de limosna; es también monge por esto? No. » En seguida añadió: « Todo es bueno; pero si tienes cuidado de no hacer cosa alguna que hiera la caridad te salvarás. » Estos solitarios al leer esta respuesta, pensaron en aprovecharse de ella y se retiraron muy satisfechos.

Esta precaución tan grande que tomaba antes de dar sus respuestas, hizo que jamás su conciencia le reprochase ninguna, y pudo decir sin alterar la verdad, que desde que había renunciado al siglo, Dios le había concedido la gracia de no haber jamás tenido motivo de arrepentirse de palabra alguna que hubiese dicho. Teófilo, patriarca de Alejandria, habiendo ido á Sceté, fué recibido por los solitarios que con este fin se habían juntado, y rogaron al abad Pambon que se encontraba allí, que les dijese alguna cosa para edificarle; pero les respondió: « Si mi silencio no le edifica, tampoco lo harán mis palabras. » Un solitario le preguntó en cierta ocasión si era bueno alabar á los demás;

y él le respondió que todavía era mejor callarse. San Pœmen decía que había observado en él tres excelentes prácticas : su ayuno que guardaba regularmente todos los días hasta la noche, su riguroso silencio y mucho trabajo de manos.

Su amor al silencio no era solamente efecto de las primeras lecciones que de él había recibido, ya del solitario al cual se dirigió al emprender el estado monástico, ya de San Antonio el Grande cuyo discípulo se había hecho en seguida ; sino que brotaba también, por decirlo así, de un manantial interior, y de aquel espíritu de recogimiento y de temor de Dios de que estaba penetrado en el fondo de su corazón ; ó por mejor decir, el silencio le disponía siempre más y más para el recogimiento, y el recogimiento le conservaba en el silencio. Esto hacía también que tuviese siempre el aire grave y serio, y que jamás se le viese sonreír. Los demonios quisieron tentarle una vez sobre el particular, y para obligarle á reír, ataron una pluma en la punta de un palo y se pusieron á llevarla haciendo grandes esfuerzos, como si se tratase de un peso extraordinario. El Santo se sonrió un poco al ver este espectáculo ridículo y al instante aquella tropa de fantasmas se puso á saltar y danzar echándole en cara el haber reído, como si hubiesen obtenido sobre él una gran victoria ; pero el Santo les dijo : « Yo no he querido reír, sino solo burlarme de vuestra debilidad, al ver que os juntáis en tan gran número para llevar una pluma. »

Prefería la renunciación de su propia voluntad á las austeridades corporales y á las prácticas exteriores de caridad. Cuatro solitarios vestidos con túnica de piel salieron del desierto de Sceté y fueron á consultarle sobre la conducta que llevaban. Uno de ellos ayunaba mucho ; el otro practicaba una gran pobreza ; el tercero se aplicaba á las obras de caridad, y el cuarto perseveraba hacía ya veinte y dos años en la obediencia bajo la conducta de un anciano. Des-

pues de haberles escuchado, dió la preferencia al último, porque, decía él que lo que los otros hacían era por su propia elección, mientras que el que vivía bajo la obediencia, renunciaba á su propia voluntad ; y yo os aseguro, añadía, que los que perseveran hasta el fin en esta santa renunciación, son comparables con los que confiesan el nombre de Jesucristo.

También se hace notar que entre las virtudes cuya práctica recomendaba, insistía principalmente en la misericordia y caridad para con el prójimo. Un solitario le dijo en cierta ocasión : « ¿ Porqué, hermano mio, los espíritus malignos me impiden hacer bien á los demás ? » Y él le respondió : « No habéis de esta manera, porque esto sería acusar á Dios de mentira. Decid más bien : Yo mismo soy quien no quiere ejercitar la misericordia ; pues Dios ha dicho : *Yo os he dado el poder de pisotear los escorpiones y las serpientes, y toda la fuerza del enemigo* (Luc. 10, 16) ; ¿ porqué, pues, no pondriais los pies sobre los espíritus inmundos ? » Semejantemente, habiéndole pedido una palabra de edificación Teodoro de Fermé, le respondió aunque con pena, á causa de su grande humildad : « Id y ejercitad la misericordia para con todo el mundo. »

Envió un día á Egipto á su discípulo para que le trajese un camello que necesitaba para llevar sus trabajos que quería vender. Este religioso encontró al volver á un antiguo solitario, que le dijo que si hubiese sabido que había ido á buscar un camello, le habría suplicado que trajese también uno para él. El discípulo no dejó de contar esto al Santo, el cual, prefiriendo la utilidad de su prójimo á sus propios intereses, envió al instante un recado á aquel buen solitario para decirle que no tenía prisa de vender sus trabajos, que podía disponer del camello, y que bastaba que se lo volviese cuando hubiera vendido los suyos. El solitario aceptó el ofrecimiento ; pero cuando supo que San Pambon solo se había privado del camello para ejer-

citar la caridad para con él, á pesar de la necesidad que del mismo tenía, derramó por ello lágrimas, y dijo á su discípulo: « Vuestra caridad me ha arrebatado el mérito que yo hubiera adquirido ; teniendo la paciencia de esperar más. »

San Pambon se distinguió tambien entre los solitarios por el desapego de las cosas del mundo, que llevó á la más alta perfeccion. Iba tan pobremente vestido que despues de su muerte, el abad Isaac, solitario de las celdas, viendo que algunos hermanos llevaban hábitos mejores que los demás, les dijo: « Nuestros antiguos, y sobre todo el abad Pambon, no traía más que hábitos usados y llenos de pedazos, y vosotros buskais en los vuestros la vanidad. » Así que este Santo decía que un monge debia tener tan pobres hábitos, que pudiese exponerlos durante tres dias fuera de su celda sin que ningun transeunte se viese tentado á recogerlos.

Paladio dice de él que entre las ventajas espirituales que había recibido de Dios para las prácticas de las virtudes, podía notarse principalmente el desprecio que hacía del oro y de la plata, lo cual tanto nos ha recomendado Jesucristo. Sócrates refiere tambien (Hist. l. 4, c. 23.) que habiéndole presentado alguno una cantidad de piezas de oro para distribuirlas entre los pobres, y habiéndole suplicado que las contase, él le respondió que no debía mirar lo que daba, sino solamente el espíritu con que lo daba. Quizás este autor habla aquí del hecho de Melania la Vieja, que vamos á contar segun Paladio, que lo había sabido por ella misma.

Habiendo esta muger ido de Roma á Alejandría, supo por Isidoro sacerdote y administrador del hospital de aquella ciudad, la grandeza del mérito de San Pambon, y le suplicó que le acompañase á la montaña de Nitria, para procurarle la dicha de verle y encomendarse á sus oraciones.

Ella le encontró sentado y ocupado en hacer cestas segun su costumbre, y le presentó vasos de plata de trescientas libras de peso, rogándole que tuviese á bien participar de las riquezas que la Providencia le había confiado. El Santo sin apartar los ojos del trabajo que estaba haciendo, le respondió como para bendecirla: « Dios sea vuestra recompensa, » y volviéndose hácia su discípulo Orígenes, le dijo: « Id y distribuid esto entre los monasterios de la Libia y de las Islas, que son más pobres que los demás, y no deis nada á los de Egipto, cuyo pais es más rico y abundante. »

Sin embargo, dijo Melania, yo estaba en pié delante de él esperando á que me diese su bendicion, ó que me testificase con alguna palabra el caso que hacía de un tan rico presente ; pero como él guardase silencio, me atreví á decirle: « Padre mio, yo no debo dejaros ignorar que aquí hay trescientas libras de plata ; » á lo cual le respondió sin dar una sola mirada ni á mí ni al cofre en donde estaba esta plata: « Hija mia, aquel á quien habeis dado esto, no necesita que le digais cuánto pesa, puesto que pesando él mismo las montañas y los bosques en sus divinas balanzas, no puede ignorar el peso de vuestra plata. Tendriais razon en decírmelo si fuese á mí á quien regalaseis esto ; pero puesto que loofreceis á Dios, á aquel que no se ha desdenado de recibir dos óbolos de manos de una pobre viuda y que los ha preferido á los presentes de los ricos, es inútil que hableis más de ello. » He ahí, añadió Melania, contando esto á Paladio, lo que la gracia de Dios me hizo encontrar, cuando fui á la montaña de Nitria.

Este gran Santo no se contentó con despreciar la plata, como acabamos de verlo, sino que hubiera considerado como un gran crimen si algun religioso la hubiese amontonado. Vióse esto claramente por el terrible juicio que pronunció, de concierto con el abad Macario y el abad Isi-

doro, contra un monge á quien despues de su muerte se encontró plata. He ahí cómo lo cuentan San Jerónimo y Rufino. Un hermano del desierto de Nitria, más ahorrador que avaro, pero que no pensaba como habría debido hacerlo, que Jesucristo había sido vendido por treinta piezas de plata, dejó al morir una suma de cien escudos, que había recogido hilando lino. Todos los solitarios de aquel desierto que habitaban en diversas celdas en número de cerca cinco mil, se juntaron con este motivo para deliberar sobre lo que habría que hacer. Unos decían que se debía distribuir este dinero á los pobres; otros que había que darlo á la Iglesia; y algunos que había que enviarlo á los parientes del difunto. Pero Macario, Pambon, Isidoro y los demás ancianos, que eran considerados como los padres de los monges, siendo inspirados por el Espíritu Santo, ordenaron que se enterrasen los cien escudos con el muerto, pronunciando sobre él estas terribles palabras: «Perezca contigo tu dinero.» El buen efecto que este juicio produjo en el buen espíritu de los demás, muestra cuán justo y santo fué; porque inspiró un temor tal á todos los solitarios de Egipto, que despues, hubiesen mirado como un crimen el dejar solamente un escudo despues de su muerte.

San Atanasio, que conocía el mérito de San Pambon, llamóle á Alejandría, sin duda para dar allí testimonio de la divinidad de Jesucristo, como había llamado allí á San Antonio, segun hemos referido en su vida. Llegó á Alejandría con otros solitarios, y viendo á algunos seglares sentados, les dijo: «Levantaos y saludad á estos monges, para que os den su bendición; porque su boca es santa, puesto que hablan asiduamente de Dios.» Encontró también allí á una rica comediente engalanada, y al verla se puso á llorar. Preguntáronle el motivo, y respondió: «Lloro por dos razones: la una por la pérdida de esta muger; la

otra por ver que no tengo yo tanto cuidado en servir á Dios cuanto ella en agradar á los hombres.»

No solamente en Alejandría tributó gloria á la divinidad de Jesucristo contra los arrianos, ya de viva voz ya con el ejemplo de sus virtudes, sino que también lo hizo con mayor brillo por el destierro que sufrió por la misma causa; porque por esto fué relegado á una isla de Egipto rodeada de una gran laguna, y habitada solamente por paganos á quienes convirtió á la fé. Fué también desterrado á Diospolis en Palestina, si hay que creer á Paladio; lo cual sin embargo no deja de tener su dificultad, pues se duda si este autor confundió este destierro con el primero, cuyas circunstancias detalla largamente Rufino, testigo ocular. Sea de esto lo que fuere, como la preciosa ventaja de haber sido desterrado por la defensa de la divinidad de Jesucristo, le fué comun con otros solitarios, y el relato de esta persecución interrumpiría demasiado la narración, nos reservamos hablar de esto en un capítulo particular, para venir á tratar de su preciosa muerte.

No se sabe precisamente en qué año tuvo esta lugar; pero no puede haber acontecido antes del 385, puesto que entonces Teófilo de Alejandría fué á Sceté, y el Santo se encontró allí; ni despues del 390, puesto que este fué el año en que Paladio fué á Nitria, y había ya muerto. Melania la Vieja se halló presente cuando murió y ella se lo contó á Paladio. Estaba él trabajando una cesta, y como hubiese dado á esta la última mano, llamó á aquella dama y le dijo: «Recibid de mis manos esta cesta, á fin de que os acordeis de mí; porque no tengo otra cosa que dejaros.» En seguida, viendo en torno suyo á Orígenes, á Ammon y á algunos otros hermanos, les confesó que después que se había retirado al desierto, había siempre vivido del trabajo de sus manos, sin haber sido jamás cargoso á nadie; que él no se arrepentía tampoco de palabra alguna que hubiese

proferido, y que sin embargo, yendo á comparecer delante de Dios, le parecía que todavía no había comenzado á servirle. Apenas hubo acabado de hablar así, entregó su alma á Dios, sin calentura, sin sentir dolor alguno en el cuerpo y sin ningun síntoma de enfermedad, á los setenta años de edad. Melania tomó cuidado de su sepultura, y conservó religiosamente hasta la muerte la cesta que de él había recibido. No parece que San Pambon hubiese sido sacerdote, como lo han creído algunos autores. Sobre este particular puede verse á los Bolandistas, los cuales prueban igualmente que no ha habido muchos que se llamasen Pambon.

ALGUNOS SOLITARIOS DEL DESIERTO DE NITRIA¹

Orígenes había sido formado por San Antonio el Grande en los deberes de la vida solitaria. Retiróse despues al desierto de Nitria y no al de Sceté, como creyó Sozomeno, á menos que se diga que moró en uno y otro á causa de que estos desiertos estaban vecinos, como lo había hecho San Pambon. No se desdeñó de hacerse discípulo de este Santo, aun cuando había tenido un maestro tan excelente como San Antonio; y fué tambien su ecónomo. Rufino nos le representa como un religioso de consumada prudencia y que se conducía en todas las cosas de una manera admirable. Dice que edificaba á todo el mundo con el relato que hacía frecuentemente de las virtudes de San Antonio, y que animaba tan bien todo lo que de él decía, que parecía que tuviese bajo los ojos á aquel gran patriarca, lo cual inflamaba con un santo ardor á cuantos tenían la dicha de

¹ *Vit. PP.*, San Nilo, Casiano, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

oirle. Tuvo que haber vivido mucho tiempo, puesto que está puesto en el número de los más ancianos Padres de Nitria, y á quien Sozomeno da el título de viejo. Paladio supo por él algunas particularidades de la vida de San Pambon. Así que él vivía todavía cuando este escritor fué á Nitria en 390.

Pondremos aquí el elogio de dos piadosos solitarios llamados Paese é Isaias, cuya eminente virtud dió Dios á conocer á San Pambon por revelacion; pero no fueron discípulos suyos. Hay algunos que creen que moraban en el desierto de Nitria. Parece sin embargo más verosimil, por lo que de ellos vamos á contar, que estaban en una soledad menos apartada de los lugares habitados. He ahí lo que de ellos se dice en las *Vidas de los Padres*.

Ellos eran hermanos, y su padre era un comerciante que traficaba en España. Despues qu hubo muerto, se dividieron entre sí la herencia, que se encontró que subía á cinco mil escudos, sin los muebles y esclavos. Despues deliberando sobre el partido que tomarían, se dijeron uno á otro: ¿Qué género de vida vamos á abrazar? Si seguimos la de nuestro padre, otros gozarán despues de nuestra muerte del fruto de nuestros trabajos, y quizás tambien mientras vivamos caeremos en manos de ladrones ó padeceremos naufragio. Mejor es, pues, que abracemos la vida solitaria, á fin de conservar lo que nuestro padre nos ha dejado, y para no perder nuestra alma. Convinieron pues en hacerse religiosos; pero esto fué siguiendo cada cual una conducta diferente, porque el uno dió todo cuanto tenía á los monasterios, á las iglesias y á las cárceles, sin reservarse nada; y habiendo aprendido un oficio para ganarse la vida, dividió todo el tiempo entre el trabajo y la oracion. El otro se sirvió de sus bienes para edificar un monasterio, en el que reunió algunos solitarios con los cuales ejercitaba la hospitalidad para con todos los que á él iban. Detenía á